

Ver para creer

Habría que ampliar las Bienaventuranzas a una más. El Sermón de la Montaña se quedó corto. Y no porque, después de veinte siglos, se haga natural su actualización (el cual, dicho sea de paso, sigue teniendo plena vigencia), sino que, ciertamente, hoy día empiezan a ser un privilegio, reservado sólo a unos pocos, la capacidad de sacar conclusiones a partir de los hechos: “Bienaventurados los que creen por haber visto”.

No quiero decir con ello que no existan críticas: hoy en día (con la incorporación de cínicos estómagos agradecidos) a nuestros medios de comunicación (nunca más que ahora) de masas, no hay títere (o muñegote) que se quede sin cabeza. Pero parece que lo hacen sólo por aquello de resultar divertido lo de descabezar, y no por lo que compromete en un estudio profundo y en una honradez intelectual.

Hoy más que nunca es de alabar que baste con ver para creer. Hoy más que nunca, en nuestras sociedades modernas tenemos ideas que apestan a pedo: es el resultado de no saber lo que significa “sentar la cabeza”. Hoy, más que nunca, la ilustración de la ignorancia campa por sus respetos. Hoy más que nunca tenemos información suficiente para ver que en “nuestras sociedades occidentales” hay cada vez menos ricos mucho más ricos y son cada vez más los pobres que no pueden pensar en escapar de esa situación.

Hoy se nos quiere hacer evidente que la Justicia Social aparece unida al despilfarro; que no tenemos que preocuparnos nada más que de crecer sin inversiones. ¿A qué médico se le ocurre mandar ejercicio físico al enfermo terminal? ¡Pues claro que el ejercicio físico, como la austeridad, hay que hacerla práctica cotidiana, pero no puede ser la solución a un problema que no está bien diagnosticado!

Es curioso: sigue sin diagnosticarse, es decir, sin creerse después de verse hasta el cansancio, que este sistema capitalista es inhumano y quienes lo apoyamos –por activa o por pasiva-, somos cómplices del asesinato de millones de personas en el mundo. Sí, es verdad que son millones, pero... ¿quiénes somos los que pensamos que se trata de personas como tú y como yo? Posiblemente, no lo creemos, porque no las vemos. Están más allá del horizonte, donde no molestan, ni se las ve.

¿Qué estamos dispuestos a dar para que las cosas cambien? El problema lo tenemos en aquellos que al creer, ven: este Dios-Mercado exige una fe a la inversa. Ya no sólo tenemos medidas contra el desempleo; ahora también, con ellas, nos dicen que se conseguirá hacer aflorar la economía sumergida. ¡Por Dios, pero si estábamos mejor ciegos! Reivindiquemos a Tomás: metamos el dedo en la llaga.

Fecha: 21/02/12

Enrique de Amo
Decano Facultad de Ciencias Experimentales de la UAL